

para acentuar el camino (y de paso evitar que el caminante se distraiga: no hay errancia en estos poemas). No es, al cabo, una cuestión meramente rítmica sino casi silogística: el movimiento es conceptual, se pasa de una deducción a otra. Esta sólida experimentación formal destaca el trabajo de la autora de *Peces de piel fugaz* de entre sus contemporáneos, la sitúa en el lugar de la inquietud y la búsqueda, voz inasible, proyectándose siempre hacia adelante.

Poesía del éxtasis y la revelación, creadora de atmósferas y de temple oriental (léase “Mariposa”), se presta a la automática comparación con la obra de Elsa Cross. Pero el impulso se arrepiente: el cotejo hallaría tesisuras semejantes y no más. La escuela (entendida como *senda*) ha sido depurada de la poesía de Coral Bracho, no se pretende iniciar a nadie ni demostrar el aprendizaje sino, simplemente, actuar con sabiduría. Decir lo justo, administrar las palabras y no arrojar luz sino iluminarse: como el ámbar, como un acuario encendido por sus peces.

La temática central de este libro es el amor, manifestado como tiempo suspendido, pasmo. Los ojos enamorados de la poeta insisten en el conocido *dictum*: lo importante no es lo mirado, sino la mirada. Esa mirada, sensual, crea mundos insospechados por la originalidad de su ritmo, por el raro enlace de sus vocablos y por su perspectiva oblicua. Cada poema, más que un paisaje (pues así parecería en una primera instancia), es un momento de rara belleza. Los mundos creados son mundos en el tiempo, o mejor: a salvo del tiempo por virtud de esa mirada. Profundos y fugaces, raros, los poemas de este libro acaso descubren nuevas correspondencias y nos hacen recordar ese *parfois* del célebre soneto de Baudelaire.

Saludable y refrescante aparición la de *La voluntad del ámbar*, que demuestra una vez más que para alcanzar la sencilla perfección de un trazo es necesario reunir, como en la anécdota de Chuang Tzu el dibujante, paciencia y pertinacia. Un guijarro es una piedra alisada y redondeada a fuerza de rodar impulsada por las aguas. —

LIBROS: CLAUDE MICHEL CLUNY

Christian Dotremont

Christian Dotremont, *Ouvre poétique complete*, edición a cargo de Michel Sicard, pref. de Yves Bonnefoy, Mercure de France, 548 (160 F).

SE HABLA DE ÉL TODO EL TIEMPO, PERO ¿CÓMO LEERLO? ¿Sus libros?, ediciones limitadas de dispersión ilimitada. Las antologías lo olvidaban la mayoría de las veces. Guy Dotremont, su hermano, y Pierre Alechinsky, el amigo fiel, reunieron la obra esparcida y una gran cantidad de inéditos. Sin embargo, el tiempo poco lo mistificó, a él que de adolescente se había fugado de Bélgica para respirar, en Charlesville, el olor de tormenta que dejara Rimbaud. Esto lo condujo hasta Éluard, Cocteau, Bachelard, Giacometti... Viene la guerra y la ocupación. Christian Dotremont, nacido cerca de Bruselas, tiene 18 años en 1940.

Acaba de descubrir el surrealismo, y sus primeros poemas de recibir la aprobación de Magritte, Scutenaire, Ubac: el arte y la escritura mantendrán una relación estrecha durante toda su vida. La *Obra poética completa* de Dotremont se ha reunido por fin bajo el sello de Mercure de France. Se podría creer que, como Rimbaud, escribió todo a los 20 años. Esta vez el mito puede tomar un cuerpo.

Este alto muchacho desgasta su cuerpo sin miramientos, y también lo desgasta el hambre, la pobreza, el frío, el vino cuando hay. Escribe, ama a todas las mujeres, ya sea de lejos o hasta perderlo todo: “me abstengo del amor como uno se abstiene de las grapas después de una operación grave”. Sus poemas de amor, por ejemplo *la madrugada*:

Y sin embargo retomé mi tinta y mi talento,
mi soledad, y retomé mis veinticinco letras,
para añadir la voz de algunos hexámetros
al soplo de ese corazón, que era un corazón lento.

O *Bon jour* (1941), donde encuentran a veces el impulso de los versos alados de Apollinaire, o anuncian a Aragón en los tiempos en que consentirá en ser bueno:

Dorine de ojos puros como el hambre
como un pájaro tiene al azar en mano
y sin saber, lo arroja, y sin comprender
lo arroja al niño viejo como la ceniza

Las disonancias señalan aquí una fisura, la ironía la esconden. Desde que empieza, el lirismo pierde un ritmo; este pudor de poeta entre dos sillas, que prefiere el frío al sol, acompañará una vida agujerada.

En 1948, en París, Christian Dotremont inventa “Cobra” con amigos pintores que también son poetas o como si lo fueran: Asger Jorn, Corneille, Apel, Constant... Mucho antes, para sacudir al surrealismo sumido en su propia hipnosis, había proclamado: “Todos los medios se valen para robar al inconsciente”. Vea que las vanguardias que no mueren rápido se convierten en iglesias.

Cobra –movimiento instintivo de la libertad de expresión total y no totalitaria– se disuelve muy rápido: “Ya estábamos cansados”. También se libera de la tentación comunista.

“Las palabras inspiran”, afirma, pues cree en su genealogía y en su sabor: el poema nace de las palabras –Mallarmé no decía lo contrario. Las palabras viejas y las que él inventa, las palabras en las cuales inserta sílabas, un procedimiento retórico (las *tmesis*), o algo cifrado –mensajes secretos, novelas de aventura–, prótesis para que el verso cojee, si es que el poema no ha pasado ya bajo el hacha. Juegos amargos donde la vida hace trampa. La familia de Dotremont está conformada por Queneau, Michaux, Tardieu. La escritura automática, el calambur, el juego de palabras, en los que se escabulle el sentido, risueño, ácido o grave: “El comisario distribuye las hostias a los comisionarios”. “El que

posee más hostias tiene derecho a la hamaca de primera”. O estos: “Estas manos tocan el silencio (...) Que van a teclear tu alma al fondo del piano blanco”.

Más allá del placer de las palabras –“De tanto apartar los ojos de mi vida De tanto regalar el lago Lamartine Que por cierto se llama de otra forma”... sólo le falta encontrar una página blanca para la escritura nueva que siente germinar en él como una hierba, “su escritura china”. La descubre *en otra parte*, pues, también necesita moverse:

A parte del deseo explosivo que me mueve
de ser de nuevo el niño que sabía leer y decir
los poemas de las manos y las frases de las rutas.

Esa *otra parte* será la Laponia finlandesa. Allí, inventa sobre la nieve los “larganieves”, escritos con un palo; sobre el papel –de formato grande, inventa los “logogramas” trazados con tinta china, signos que surgen del ser acampado “en medio de la nada”–, señala Yves Bonnefoy en su prefacio. Escritura vecina de los signos de Michaux, venidos de otra “lejanía interior”, que la historia de las literaturas aún no ha cubierto. Un cáncer detuvo el viaje al cruce de caminos entre el onirismo romántico y el Oulipo, hace casi dos décadas, el 20 de agosto de 1979. –

– Traducción de Guadalupe Sánchez Nettel

LIBROS: JUAN JOSÉ REYES

Vidas literarias

Guillermo Cabrera Infante, *Vidas para leerlas*, Alfaguara, 1998.

HAY MUCHO DE NOVELISTA EN UN BIÓGRAFO, aunque esto se dude o se niegue. Los que piensan que no acuden al testimonio de la Verdad: el biógrafo está obligado a dar con ella para darla a los demás. Pero no otra cosa ocurre con el novelista: construye una verdad –ésta con minúscula e igualmente humana–, la verdad de la imaginación o los recuerdos de verdad. No hay duda de que estas vidas de Guillermo Cabrera Infante zarpan casi siempre del recuerdo para llegar al centro y a los pliegues ocultos de sus personajes. Son vidas de memoria, memoria de vidas. Están más allá del retrato, incluso más allá

de la evocación. No han sido creadas sólo con las herramientas del narrador, y no hay duda en todo caso de que tales instrumentos van abriendo caminos, trazando líneas entre las líneas paralelas hondas y quebradas de personajes que mantienen en su sino –diría Guillermo Cabrera Infante– el sí a la vida y el no rotundo, redondo a la simulación. Ningún artificio hay en esta muchas veces emocionada y sin falta alerta tarea de recreación. A los elementos de que echa mano el creador de vidas –los testimonios de otros en algunos casos y con la mayor frecuencia la propia constatación vital– Guillermo Cabrera Infante, terrible y amable, suma la imaginación, el malabar verbal y el brío cálido de su disparada astucia narrativa, y va poniendo ola sobre ola junto a la brisa rauda las coordenadas mudables y profundas de